

LA DEL AJO, EN ZAMORA

Un tratante me informa que la del ajo, en Zamora, es feria monográfica. No lo dice literalmente así, pero yo no puedo evitar las afinidades electivas con que ciertas palabras se buscan unas a otras, y modernamente es corriente que lo de monográfico cose con salón de exposición o feria. En efecto, es inútil preguntar aquí por esos apéndices que desde tiempo inmemorial les salen a estas asambleas, no tan adjetivos como pudiera creerse, pues para muchos constituyen la feria misma: no hay pitonisas, ni vendedores de abalorios; ni siquiera el indispensable pulpo a la gallega, alimento ferial que corre su influencia mucho más allá de las fronteras que señala su nombre. En Zamora el día de san Pedro y san Pablo no hay más que ajos. Por las calles anda la gente con sus ristras de ajos en la mano o sobre el hombro o al cuello como esas flores que en remotas islas calientes dan la bienvenida al visitante. De orilla a orilla del Duero huele a ajo. El toma y daca está en la avenida de las Tres Cruces, donde el Viernes Santo van los cofrades a hacer la reverencia y a comer sopas de ajo. Zamora, en fin, la bien cercada de piedra, tiene en este final caluroso de junio altas y tupidas murallas de ajos.

El ajo es planta indispensable en toda cocina honrada, pero a esta utilidad gastronómica se une su condición salutífera contra muchos andancios, y más si se trata de reumas y artritis. Bastaría para explicar su apoteosis de este día. Y he aquí que por añadidura ha venido la moda de utilizar sus rurales trenzas como elemento decorativo burgués. Pasa mucho ahora, lo de que los ricos se complazcan en las cosas humildes. He visto comprar el género más escogido y blanco aterciopelado, para enviarlo a un industrial catalán. Imagino el elemental producto de Casaseca o de Peleas de Abajo ornamentando en Sitges una chimenea ilustre, donde puede haber también unas madreñas descabaladas y una vieja plancha de las que se cebaban con carbones encendidos. Con unas cosas y con otras, los ajos se venden bien. «A cincuenta y cinco la ristra», me responde un campesino viejo, con mucho viento y sol en la cara donde predominan los ojos, todavía vivaces. Está inmóvil junto a su mercancía, en una actitud que me parece escéptica, por no decir fatalista.

No es cosa de vida o muerte el ahorrarse un duro, pero a esto del trato le va bien una discreta provocación. Opongo, y no miento, que un vendedor vecino me pidió cincuenta pesetas por lo mismo. El campesino viejo no se enfada. Sonríe, esto sí, con un sonreír compasivo que me deja un poco perplejo. Luego quiere saber si yo sé verdaderamente de ajos. En primer lugar, de su calidad y tamaño. Pero además,

¿entiendo lo que es un haz? ¿Y un hilo? ¿Y una riestra, las cabezas que deben contarse en una riestra como Dios manda? No, yo no sé tantas cosas, pero puedo aprenderlas con humildad. Un haz se compone de diez riestras. Un hilo es la mitad de una riestra. Una riestra como Dios manda tiene treinta y dos cabezas. Cuando he dejado de ser analfabeto en ajos, el campesino viejo, que ya no sonrío, se duele de las argucias que algunos inventan para confundir a los compradores. Como esos anuncios en los periódicos, que en letras grandes ponen mil pesetas por un televisor y luego viene la letra menuda de los plazos. O el reclamo de los ultramarinos, que ahora se llaman supermercados, llamando con sus precios desde el escaparate y después resulta que es el medio kilo... Ahora, volviendo al ajo, me aconseja -no: me pide, ¡me exige!- que vaya a comprobar lo recién aprendido. Yo le digo que me basta con su palabra.

De todos modos, y aunque doy un pequeño rodeo para no desdecirme tan a las claras, caigo al lado de un joven y animoso vendedor que no sólo expone la mercancía -únicamente ajil, por supuesto-, sino que la vocea con ese talante que los del «marketing» llaman agresividad. Ya ni siquiera aspira a los diez duros. Canta la riestra a cuarenta y cinco pesetas, salvo que se comprenden dos, en cuyo caso basta con pagar ochenta. Le pregunto por un haz y me dice que eso es para tratarlo según y conforme, quizá porque no está para perder el tiempo y me ha visto cara de no saber qué hacer con trescientas cabezas de ajo. A mí lo que me interesa es hablar con el hombre, pero él está a lo suyo y sólo puede atenderme en los entreactos de su función. Compruebo que el tabaco sigue siendo el gran recurso para estrechar lazos humanos, aquí en la feria como en los bares de señoritas. Doy de mis Ducados de doce pesetas, y poco después me corresponden con Habanos de diecisiete. Hay quien dice en estos casos que a dónde vamos a parar. Yo pienso, sencillamente, que al amigo de Corrales le gusta el tabaco fuerte, de calidad. Porque el vendedor es de Corrales, pueblo que tiene, además de ajos, su natural importancia, con mercados semanales, sala de cine (el Ideal) y estación de ferrocarril. Ya somos amigos. El mira que yo miro para su tatuaje del brazo y se disculpa: «Ya sabe, locuras de la juventud». El grabado representa un desnudo femenino de senos relevantes, imaginados por un oscuro y atormentado artista de guarnición en Melilla. Borrarlo es cosa difícil. Sugiero que quizá con ajo, por tantas propiedades como aquí le atribuyen. No; tendría que ser punzando otra vez pacientemente, pero en vez de con tinta, con leche de mujer. El de Corrales sabe mucho y de mil cosas. Al fin me despido, pero me parece mal hacerlo sin una riestra. (El Diccionario prefiere ristra, pero en donde fueres, habla como oyeres.) Ya con mi trofeo en la mano se me ocurre contar las cabezas y veo que le faltan algunas.

Cuando el sol Inclemente de junio pierde su fuerza, y la feria su tensión, un último repaso me deja ver al campesino viejo junto a los restos de su muralla, todavía considerables. Lisardo de Corrales ha terminado su mercancía. Está arrancando un coche largo y flamante, una de esas «rubias» que igual se llenan con hortalizas que

acogen a toda la familia para marchar a los toros de Benavente. Lisardo el de Corrales me hace un gesto de connivencia y yo entiendo lo que quiere decirme, a propósito de esta feria y de toda la feria que es el mundo:

-¡Hay que estar en el ajo!

Antonio PEREIRA